

des escalinatas forma un trapecio con dos lados algo redondeados. La expresión «pirámide cuadrangular» es exacta; sin embargo, la regularidad geométrica no existe en el fondo del antiguo arte americano que se nos presenta rígido ó por lo menos inflexible, pero nunca cristalizado. Pruébalo suficientemente la afición de colocar sin ninguna simetría las puertas de las cuatro paredes de un recinto, hasta el punto de que se admira como portentoso el hecho de encontrarse algunas puertas que se suceden formando verdadera perspectiva.

Ciertas colinas naturales fueron convertidas en santuarios. En Palenque, además de los edificios principales y de los templos, de los cuales se cuentan de 16 á 20, se han encontrado ruinas á manera de anfiteatro hasta la cumbre del Cerro Alto, pirámides terraplenes con templos y edificios, grupos de casas bajas, algunas bastante extrañas, las cuales consistían en un laberinto de cuartos, que en concepto de Charnay eran celdas mortuorias. En el valle elevado de Anáhuac hay cerca de Tezcuco una colina llena de ruinas del tiempo más floreciente de la cultura india. Están situadas de manera que flanquean un camino sinuoso, el cual empieza al pie y acaba en la cumbre.

En la cima y sobre una ancha plataforma pulimentada y construída con mortero se alzaban los mas grandiosos edificios que, según la costumbre azteca, estaban consagrados al culto de los dioses: los monumentos que en el camino se encontraban eran, al parecer, santuarios preparatorios análogos á los calvarios de las colinas de los países católicos que se van sucediendo en el monte hasta terminar en una capilla ó iglesia emplazada en la cumbre. Lo primero que allí se ve en las peñas es un nicho cuadrado, que mide seis pasos y cuya entrada, á excepción de una puertecita, está cerrada por gruesos muros. Entre la muralla y el nicho hay una especie de patio; y se sube á aquél por cuatro toscos escalones. A cada lado hay una pequeña construcción cuadrada, separada por muros laterales. Delante de la pared posterior del nicho elevase del suelo una basa llana, que mide cuatro pulgadas de alto. Cincuenta pasos más arriba hay una segunda construcción semejante, que en su forma y distribución se parece á las otras dos, pero tiene los restos de dos estatuas en gran parte mutiladas: en los pies se reconocen los dedos y las cintas de las sandalias, luego los pliegues del traje, huellas de pintura encarnada y adornos que demuestran haber sido trabajados en su conjunto con bastante esmero. Parece que esas dos figuras eran de alto relieve, y que medían tres metros de alto lo menos. A un lado está la punta de un enorme peñasco transformada en la figura de un animal tendido, cocodrilo leguán, cuyas agigantadas formas se divisan de lejos. Sigue más allá una canal, que va á parar á un estanque redondo, al que se baja por cinco escalones tallados en la peña. A ambos lados elevanse paredones, en los que están esculpidas unas ranas que miden medio metro. Un poco más al Sud hay otro estanque de metro y medio de diámetro y casi tres de profundidad, al que se baja por gradas de 30 escalones cavados en una sola peña. También hay allí canales bien construídas. En la cumbre del monte, la peña más elevada está esculpida en forma de otro animal acostado, y el suelo en derredor está muy bien allanado y reducido á una ancha plataforma. Desde la cumbre se divisan á Oriente las montañas más altas, cubiertas de bosques; al Norte, al Oeste y al Sud un panorama sumamente dilatado de la elevada llanura, y de trecho en trecho las cristalinas aguas de las lagunas. Es un conjunto hermoso, pero serio y tétrico, que demuestra que el sentimiento de lo grande en la naturaleza, más poderoso en esta elevación

solemne de los santuarios, no era extraña á los sacerdotes de aquellos pueblos. En el Sud, en el antiguo país de los zapotecas y mijas no hay punto elevado donde no se encuentren ruinas de edificios, esculturas en piedra ó á lo menos ídolos, cuyas caras están contraídas con esas conocidas muecas que produce el cambio de las facciones naturales en líneas geométricas, y otros caprichosos ornamentos.

En la arquitectura americana antigua hay bastantes cosas que no se comprenden; por ejemplo, muchas pirámides que carecen en absoluto de regularidad. Menos comprensible todavía es la de un edificio en Chichen-Iza, fábrica redonda, que mide siete metros de diámetro, y cuyo interior se parece á las estufas de los pueblos del Norte; consiste en una masa rodeada por un doble corredor muy estrecho. El edificio se eleva sobre dos terraplenes. Una escalinata de 20 peldaños pone en comunicación al primero con el segundo; la balaustrada está formada de serpientes entrelazadas. Algunos escritores han dicho que en la antigua América no se conocía la bóveda, y otros lo niegan á causa de algunos nichos insignificantes que se encuentran en los edificios peruanos; pero nadie ha encontrado una bóveda de tamaño regular. La puerta usada desde el Perú hasta Méjico, que raras veces pasa de dos metros, se estrecha hacia arriba. Los nichos en forma de T son muy frecuentes y parecen un signo sagrado; algunos han tomado esta T por una cruz. Humboldt vió unos pilares redondos en el palacio de Mitla, y este es el único ejemplo de columnas en la antigua arquitectura americana. Después en Palenque y en el Perú se descubrieron pilares esculpidos ó pintados, que sostienen pesados techos. En Palenque los sostenes de una galería abierta están adornados de figuras modeladas en el estuco, que miden dos metros, y sobre las cuales se ven inscripciones jeroglíficas, y en el interior del palacio hay paredes y pilares adornados de figuras de granito. Entre las ruinas de Yucatán se encuentran unas piedras de varios metros, á manera de columnas, desprovistas de adornos, delante del palacio y en otros varios puntos de la ciudad. En Palenque es sorprendente la riqueza de las columnas y de los obeliscos llenos de jeroglíficos y de caras sumamente feas. Se han encontrado en Santa Lucía pilares parecidos que tienen 8 metros de alto, y en Copán forman á modo de una avenida en la plaza del antiguo pueblo. En el llamado palacio de las Monjas de Chichen-Iza el portal ostenta un ornamento de pequeños campanarios de piedra, que recuerdan los edificios análogos de la China y del Japón.

Llama la atención el gran número de obras cuyo objeto no se puede absolutamente comprender, y que serán siempre un enigma, pues probablemente representaban un papel en el culto de los dioses, culto para nosotros en gran parte desconocido. Son muy difíciles de explicar unos discos de piedra, que miden seis metros de diámetro, con un grabado que representa una cara humana, de la cual salen rayos: estos discos se encontraron en la América central. No menos enigmáticos son unos anillos de piedra, de varios tamaños, hasta 65 centímetros de diámetro, que se descubrieron en Méjico y en las islas de la India occidental.

Lo caprichoso de los ornamentos es un fenómeno opuesto á la pobreza y confusión del dibujo arquitectónico. Abundan las torres y los pilares, rodeados de colosales serpientes, las balaustradas formadas de serpientes, los frisos de tortugas, etc. Stephens dice: «Extrañas figuras de ídolos aparecen como por acaso entre la confusión de las piedras y recuerdan las colosales cabezas de los palacios de Chichen-Iza; dibujos elegantes, que parecen jeroglíficos les

sirven de marco; luego hay una serie de líneas mixtas de dimensiones enormes, cuadrados y rosetas muy bien trabajados; todo esto, en comparación de los adornos jeroglíficos, en los cuales no se reconoce ninguna forma natural, es incomprendible, como no se le atribuya un sentido simbólico; pues la fantasía del artista no podía producir tan extraños dibujos, que se repiten cien y cien veces. Los materiales de construcción son muy variados. Ya hemos hablado del sencillez y casi rudo carácter de la fabricación interior. Al exterior se empleaban adobes y piedras de talla, y se hacía mucho uso del cemento liso para cimientos, plataformas y pisos. Según Mendoza, hasta las paredes de las pirámides de Teotihuacán estaban revestidas de un bonito estuco que también se advierte en Cholula. Pero aquí la destrucción ha producido demasiados estragos para poder determinar la situación primitiva de las capas de cemento. En Cuzco se encuentran restos de edificios de cal gris muy dura y de pórfido. Los templos y esculturas de Quirigua prueban que se preferían los materiales blandos cuando se podían adquirir.

Las aldeas mejicanas de hoy día son aglomeraciones irregulares de chozas de juncos y ramaje, en las cuales no se ve otra regla de distribución sino su agrupación alrededor de un espacio vacío, en el cual se eleva siempre un grande árbol frondoso, que es un mango, un tamarindo ó una ceiba. Cerca de este árbol suele haber una casa algo más larga que las demás, con un techo mejor cubierto y blanqueada con cal. Una crucecita muy tosca en lo alto indica que esta casa es una iglesia. El contraste que forma la grandeza y á veces el rico ornato del interior de las iglesias con la miseria de las chozas que están esparcidas en su derredor, es un rasgo característico de ciertas comarcas de los países civilizados de la antigua América. En derredor no faltan nunca plataneros y húmedos maizales, sencillo cuadro que se reproduce siempre en la América central y más hacia el Sud por toda la zona de la antigua cultura, aunque con las diferencias que son inherentes á las condiciones del clima y del terreno. Las antiguas aldeas indias debían parecerse mucho á las modernas, sólo que en lugar de la iglesia elevábase una colina para ofrecer los sacrificios, y en muchas partes, especialmente en la América central y en el Perú, los edificios más importantes, como los templos, las cabañas de baile, las casas de Consejo y acaso las moradas de los jefes, estaban adornadas con esculturas de piedra. La religión tenía tanta parte en la vida, que los edificios que le estaban consagrados eran muy superiores á los demás. Creíase que las grandes ruinas de la América antigua no comprendían las de casas particulares: ahora se han descubierto algunas; Bandelier, opina haber encontrado en Metla 36 casas y Maudslay dice que algunas murallas de Copán son restos de espaciosas casas particulares, y ya parece cierto que algunos grandes edificios tenidos por palacios, no eran otra cosa sino una aglomeración de habitaciones para varias familias del pueblo, probablemente construídas según el modelo de las *Casas grandes* del nuevo Méjico.

Ciertos modernos observadores han afirmado que la palabra ciudad no es la más adecuada para tales poblaciones, y las llaman pueblos. Bandelier escribe, hablando del mismo Méjico: «Yo he examinado la periferia del antiguo emplazamiento indio, en la cual se encuentra ahora la ciudad de Méjico, y he visto que este pueblo, el mayor de América, no comprendía siquiera la cuarta parte de la ciudad actual.» Esto se aleja mucho de lo que vemos escrito en los informes de los conquistadores. Verdad es que no tenemos datos ciertos acerca del número de sus habitantes,

que se calculaba en un millón; pero los antiguos historiadores contaban 120.000 casas, cada una de las cuales tenía de tres á diez vecinos, y esto haría suponer que la cifra de la población llegaba al doble de lo que es hoy. Cuando se han visto las mayores ciudades indias de Méjico, su poca animación y la pereza de sus habitantes, las descripciones de Cortés, especialmente cuando habla de la plaza del mercado del antiguo Méjico, parecen indicar un número mucho mayor de habitantes que en la actualidad. Cortés dice que la ciudad de Méjico tenía en tiempo de los aztecas varias hermosas plazas de mercado, que á la mayor de ellas acudían diariamente 60.000 personas, que estaba rodeada de galerías, y que las mercancías estaban colocadas de manera que todas tenían su puesto determinado. Hace también mención de todos los artículos, que son precisamente los mismos que hoy día se venden en los mercados mejicanos: como telas para vestidos, adornos, armas, loros y frutas. En las tiendas se vendía, como hoy, manjares y bebidas: había barberos, mozos de carga, inspectores, que velaban por la exactitud de las medidas y los pesos, y trabajadores de todas clases, que aguardaban parroquianos. Dice que Méjico le pareció tan grande como Córdoba ó Sevilla. Su informe es el más favorable de cuantos emiten sus coetáneos; pero hay varias cosas que le hacen incurrir en error. Algunos puntos históricos por su situación arrojan mucha luz sobre la extensión de Tenochtitlán: donde hoy está el palacio nacional, antes palacio del virrey, ocupado en los últimos diez años sucesivamente por Maximiliano y Carlota, Juárez y Lerdo, estaba el palacio de Motezuma con veinte puertas, tres patios, estanques y pozos, cien cuartos, cien baños, paredes de pórfido y mármol, y jardines cuya magnificencia no podían saciarse de contemplar los conquistadores. Donde hoy se alza la catedral elevábase entonces el gran Teocali con el templo de Huitzilopotli. A poca distancia estaba el palacio de Motezuma en el cual Cortés se alojó desahogadamente con sus 2.000 españoles y tlazcaltecas cuando llegó por primera vez á la ciudad. A corta distancia se halla también el célebre santuario, donde los españoles sufrieron en la Noche triste una terrible derrota. La ciudad no podía ser tan grande como hoy día, por la razón de que entonces era más bien una ciudad lacustre y tampoco debía contener un número considerable de habitantes, pues los palacios ocupaban mucho terreno, y todas las casas eran de un solo piso. Quien conozca las cercanías, en gran parte estériles, de Méjico y tenga además en cuenta el estado de la agricultura en aquel tiempo, no podrá menos de dudar que ésta bastase para la alimentación de un número de vecinos que no fuese siquiera tan considerable como en la actualidad. Para comprender el error en que no pudieron menos de incurrir los españoles, quizás convenga recordar lo que se nos refiere acerca de la vida del mercado en las ciudades del Sudán, como Como y Cuca, donde en determinadas horas del día se reúne casi toda la población en el mercado, y allí se tratan todos los asuntos y negocios. El mercado tiene naturalmente mayor importancia que en las modernas ciudades comerciales de Europa. Así podemos explicarnos también las cifras calculadas por Cortés, las cuales sin embargo apenas corresponden al número de almas que él afirma haber visto reunidas en el mercado. Tratando ahora de las fortificaciones, diremos que las principales pertenecen á las ruinas más grandiosas de la antigua cultura americana. Hasta donde llegaba el poder de los Incas, había en las alturas castillos inexpugnables en una época en que no se conocían más armas que la flecha y la honda. Las fronteras y los caminos, las ciudades más populares y los

santuarios estaban rodeados de murallas y fosos, y los valles cerrados con baluartes. Algunas capitales, como el mismo Cuzco, estaban defendidas con fortalezas. La ciudadela de Saksahuamán en Cuzco elévase sobre una colina peñascosa, cuya pendiente por un lado es impracticable, mientras que los restantes están rodeados de tres órdenes de murallas, que por su construcción, (la más baja media 10 metros de ancho) tenían cierto parecido con las construcciones ciclópeas. Sobre ellas descollaban dos torres rectangulares y una redonda. En la peña habían excavado muchos parajes reunidos á manera de laberinto. Había fortalezas más importantes; Ollantaytauba es una de ellas: el castillo está defendido por varias torres y fosos. Entre las obras de fortificación de Méjico, la historia de la conquista indica la muralla que llega de una á otra montaña y



Figuras de barro huecas (llamadas antigüedades chibchas) de Colombia. (Museo para Etnografía, Berlín $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

mede tres metros de alto, la cual cerraba el paso de Tlaxcala. Era de piedras unidas con argamasa muy fuerte y provista de un foso profundo; media 10 kilómetros de largo y seis metros de espesor, tenía una entrada tortuosa, que media 10 pasos de ancho y sobre ella un parapeto. En muchas partes las cercanías pantanosas contribuían á la defensa, pues no era posible acercarse sino pasando por diques y puentes levadizos.

Huacachola ó Guacachula, población situada no lejos de Tepeaca, estaba protegida por la naturaleza de su emplazamiento en una colina de peñascos y por dos ríos que junto á ella corrían; á pesar de esto poseía una muralla de piedra de 4 metros de espesor por 6 de altura con su correspondiente parapeto que sólo tenía cuatro angostas salidas. La capital de Michoacán estaba circuida por una valla de madera de una toesa de espesor por dos de altura. En estas plazas fortificadas, las cercas de los templos venían á ser fortificaciones secundarias, especie de ciudadelas. El templo principal de Tenochtitlán estaba rodeado por una muralla aspillerada: este fué el último punto desde donde los habitantes de la ciudad se defendieron con denuedo del ataque de los españoles.

El deseo de ponerse á cubierto de cualquier ataque explica la singularidad del sitio que escogían para edificar las moradas. Por ejemplo la situación de Mitla no parece oportuna para fabricar palacios. Aunque esa región no sea tan pobre de fauna y de flora como pretenden algunos viajeros descontentadizos, es sin embargo una de las más secas y desiertas del país de los zapotecas. Por otra parte, estos

edificios estaban allí colocados con más seguridad entre montañas que en la llanura de Oajaca, donde los habitantes de Mitla podían cultivar ó hacer cultivar bien sus campos.

El indio americano posee un don natural de imitación, don que llama desde luego la atención al juzgar los productos del arte antiguo. La facultad de imitar la naturaleza estaba contenida en su impulso por la imperfección mecánica de las herramientas y la total carencia de instrumentos cuyo objeto se refiere á la geometría y aun á la aritmética. Por esto la imitación de la naturaleza no es buena en la práctica sino cuando se trata de formas sumamente sencillas. Las líneas angulosas de un cráneo, de pequeñas caras humanas, de serpientes, ranas, ardillas y tortugas, se ven esculpidas con perfección. Pero un cuerpo humano del antiguo Méjico es siempre una caricatura; aun las mejores esculturas demuestran una falta desagradable de simetría. Todos los trabajos de gran tamaño están á medio acabar. La tan elevada estatua de Chac-Mool (vease el grabado, de la pág. 444) que fué encontrada hace pocos años en Chiapa y está ahora en el patio del Museo nacional de Méjico, es un conjunto de faltas de proporción sumamente visibles. Hay algo agradable sin embargo, en la suavidad de las líneas curvas. Precisamente esta estatua demuestra, por el agujero que tiene en medio del cuerpo, lo mismo que otras muchas semejantes, y que debía servir para sujetar una bandera ú otra cosa parecida que tanto ella como las mayores esculturas de esta clase carecían de objeto propio: eran más bien accesorios del culto, ó á lo más, ornamento de edificios monumentales. Con frecuencia se echa en ellas de menos la majestad y la belleza.

Verdad es que en las obras artísticas americanas se reconoce cierta fantasía audaz y caprichosa; pero sería un error hablar de riqueza de imaginación, de inventiva y gracia en la forma de los objetos del arte antiguo peruano y mejicano. Existe, sin embargo, un terreno en que esta fantasía puede desplegar libremente las alas, pero hasta este mismo terreno tiene sus límites. Nos referimos á los ídolos indios, á los cuales daban los escultores la misma posición, igual forma é idéntica expresión, pero les ponían seis, diez y hasta cien brazos. Así, los antiguos mejicanos crearon innumerables esculturas fantásticas, pero su imaginación nunca disfrutaba de la libertad suficiente para crear lo enteramente nuevo. Los escultores americanos jamás llegaron á representar una forma humana que tuviera movimiento y expresión: siempre quedan aprisionados en la red de su propia fantasía como las moscas en una telaraña. ¿Quién sabe si en alguno de dichos escultores no se despertó un ansia dudosa de libertarse de los lazos de tantas fealdades, que para ellos eran el estilo? Se cree reconocer de vez en cuando indicios de semejante deseo; pero esta suposición, fundada en los numerosos y ricos restos de la escultura antigua americana, no puede tenerse por realización de un verdadero progreso.

¿Por qué se han producido tan pocas cosas verdaderamente grandes en una masa enorme de productos y después de superadas tantas dificultades técnicas? Lo extraño es que en un país cuyo clima permite carecer de vestidos, no se ha intentado nunca la verdadera imitación del cuerpo humano desnudo. Casi todo lo que se ve está medio vestido, y es inconcebible que estas vestiduras, que parecen compuestas de plumas y cintas y cubren la cabeza, los hombros, las caderas y las rodillas, sean las únicas cosas que despiertan la fantasía del artista, mientras que la verdadera forma humana está siempre representada de la misma manera, y ninguna facción corresponde á la otra, ninguna parte del cuerpo guarda con la otra simetría. Las figuras

mejor labradas parecen muñecos desproporcionados. Lo que suele estar mejor imitado son los adornos de plumas; pero casi nunca una nariz bien formada, una boca sonriente. En esto estriba la profunda diferencia entre las obras egipcias y las mejicanas; pues aunque los egipcios fueron imperfectos escultores de la figura humana, trataron sin embargo de imitarla y se esmeraban por lograrlo. Por esto cuando se contemplan sus figuras, que son muy rígidas, se adivina no obstante que sus autores están en camino para llegar á ser grandes escultores, y que el principio conservador que domina en su gobierno y en su vida espiritual es lo que les impide elevarse á mayor altura. Los sabios pueden tener una opinión diferente; pero á nosotros, que somos legos en el asunto, nos parece que las antiguas esculturas griegas, y sobre todo las de Egina, ocupan grado intermedio entre la rigidez de las estatuas egipcias y la gracia incomparable de las obras griegas de la buena época. Cuando

vemos las unas al lado de las otras, cabe suponer que los egipcios, en cuanto á imitadores de la forma humana, estaban en un camino que debía conducirlos á la perfección del arte. Se puede sostener sin reparo que los americanos no han ido nunca por ese camino. Si el objeto supremo del arte del escultor es la representación del cuerpo humano, su camino se alejaba de él cada vez más, pues el carácter de sus obras consiste en el descuido de la forma del cuerpo y el esmero en la ejecución de los accesorios, trajes, armas, adornos, etc. Sólo en la técnica de las curvaturas podría llegar á hacer algo notable; pero, desde el punto de vista verdaderamente artístico, todo era puro trabajo manual y no desarrollo del arte.

Y sorprende tanto más esta deficiencia en la imitación del cuerpo humano, cuanto que el rostro se repite continuamente en todos los productos del antiguo arte americano. No hay ornamento que carezca de una cara humana,



Antiguas vasijas de barro de Venezuela. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

mientras que se descuida completamente la fauna y la flora. Es circunstancia notable que los objetos decorados con grandiosa ornamentación encontrados en las excavaciones de Ancón, tengan siempre una cara humana de gran tamaño en el centro, rodeada de innumerables caritas y ojos. En la puerta monolítica de Tiahuanoco hay figuras humanas de estilo sumamente caprichoso, formadas de otras figuritas también humanas.

En la variedad de formas del arte convencional de la antigua América hay caras y figuras, ojos con más frecuencia aún, animales, plumas y cintas, pero pocas plantas. Reiss alaba mucho un traje peruano que hace algunos años estaba expuesto en Madrid, por la circunstancia de que sus adornos imitaban plantas. Las plumas, las tortugas, las ardillas, las ranas, los cocodrilos, estaban representados en él con bastante perfección, sin que falte el ave del sol con las alas desplegadas, símbolo y ornamento preferido desde Egipto hasta el Japón. El pórtico de Ocosingo lo ostenta con típico desarrollo. Los rostros humanos y bestiales, deformados por muecas horribles, que se reconocen hasta en la escritura de los mayas, suelen estar dibujados con mucha habilidad y gran atrevimiento en la caricatura. Las trompas de elefante que en los monumentos de Uxmal van unidas á figuras humanas de oro, se pueden considerar como caricaturas de narices de hombre. Las calaveras son frecuentes en la ornamentación; forman largos frisos y adornan las subidas al templo en Copán y en otras partes. El templo tenía por entrada la boca abierta de una serpiente.

En Palenque la parte anterior de una casa representa un monstruo medio humano y espantoso; siendo la puerta la boca, las jambas esculpidas los dientes y encima los ojos, pero ha desaparecido la nariz afortunadamente destruída por los estragos del tiempo. Hasta ahora no hemos separado la pintura de la escultura, pues lo dicho acerca de la una vale con respecto á la otra. En la pintura falta la perspectiva, son comunes los perfiles con dos ojos; en ella no hay ni habilidad técnica ni incansable paciencia. Pero, lo propio que en la escultura, en la pintura, dejando aparte las inevitables muecas, no faltan tampoco figuras llenas de vida (véase el grabado de la pág. 443).

Hay diferencias de estilo, pero no se distinguen bien sino á grandes distancias. Dícese que las pinturas zapotecas, comparadas con la mejicanas, son más toscas, las figuras más abultadas, los ojos, las narices y las orejas de lo más fantástico y el tocado á veces grotesco. Si la arquitectura zapoteca demuestra, como en los adornos del palacio de Mitla, que las artes en este país estaban en un grado más elevado que en Méjico, debe recordarse que nada es más propio para probar la independencia del arte que esa flor del arte mejicano, la cual se extravía en la glorificación de lo feo, sin imitar tampoco nada existente en la naturaleza. Lo mejor que hacían eran máscaras para los muertos. Los artistas reconocen un tipo especial en las innumerables cabezas que decoran las paredes y las columnas de los edificios en Yucatán, que en Uxmal se aleja del tipo de los toltecas y del de Palenque. Los retratos colosales de perfil,